

JUANA

Hoy será la última vez que suba al desván para ver a los muertos.

Sí, al desván. Ya veo, eres de esos lectores incrédulos que entrecierran los ojos con extrañeza al tiempo que piensa, pero... ¿qué dice ésta?

Me lo aconsejó mi vecina Teresa porque decía que así me obligaba a subir escalones y a hacer ejercicio y que eso era muy bueno para la artrosis. Yo prefería haber seguido viéndoles sentada en mi sillón de la planta baja con la mantita sobre las piernas en invierno y con el ventilador de suelo en verano, pero Teresa R que R, que no era bueno el apoltronamiento y que había que moverse. Así que metí a mis muertos en el arcón del desván.

La tapa del arcón cada día pesa más ¡maldita sea! Y las calcificaciones de los dos hombros lo ponen aún más difícil...pero... ¡Oiga, no se vaya! sí, usted, el de la camisa azul y pantalones de pinza. Ya sé que no quiere dejarse más su vista cansada en leer achaques de una vieja que está mal de la cabeza. Vale, hagamos un trato, yo dejo de quejarme y usted se pone las gafas de leer de nuevo. Hoy, señor de pelo cano, necesito que me lea hasta el final, necesito un testigo, varios testigos, todos los testigos posibles, a decir verdad.

Cada día desde hace veinte años, abro el arcón y las tapas rojas del álbum con el hilo dorado bordeando el rectángulo me invitan a entrar como la puerta entreabierta que le dejo a Valentina. Ella se asoma y con una sonrisa me llama por mi nombre de infancia "Juanita ¿qué tal vas?".

Pues así me asomo yo para ver a mis muertos, llamándoles por sus nombres y preguntándoles a cada uno qué tal van... ¿Cómo dices? ¿Vas a dejar mi relato? Haces bien en presumir de tus treinta añitos. Está bien, vete si piensas que ésta no es lectura para ti.

Como iba diciendo... Sí, pregunto a mis muertos. Primero a Dionisio, mi marido. Se fue con cuarenta años. La verdad es que se iba siempre. Solo, decía, pero lo cierto es que eran tres, el camión, la carretera, él y a saber si alguna más se convertía en la cuarta. Años después sigo preguntándole por qué nos duró tan poco a mis hijos y a mí.

Me quito la pena pegajosa con el pañuelo que siempre llevo metido en la manga y paso otra hoja para preguntar a mis niños qué tal van. ¡Pero qué regordetes me nacieron y qué tirillas me crecieron mi Daniel y mi Jorge! En esta foto están los dos montados en los caballitos de la feria con sus patillas de alambre colgando a los lados y asomando las lenguas por sus sonrisas melladas. ¡Mis niños! Los dos fueron arrollados con sus bicicletas. Otra vez una carretera y un camión...

Sí, sí, un dramón, no lo sabes tú bien... Me alegro que hayas decidido avanzar en mi historia señorita treintañera. Además, me caes bien. Te das un aire a mi hermana Adelita que en paz descansa. Por aquí está. Mira. Tenía un pelazo ondulado como tú. Le encantaban los vestidos floreados. Lástima que esta foto sea en blanco y negro. El vestido era una preciosidad, azul y con florecitas amarillas. Entallado hasta la cintura donde comenzaba el vuelo. Este estilo favorecía mucho la figura de Adelita.

Afortunadamente falleció detrás de papá y mamá. Para ellos hubiese sido un dolor insoportable. Adelita murió de amor, ¿sabes? Se dejó consumir por los días... ¡Con lo joven y guapa que era!... Así, como tú, la del dramón, que ni que lo digas, pero es que es la pura verdad. Que fueron cayendo uno detrás de otro.

Siempre que paso esta hoja del álbum y después la hoja de seda, aparece la margarita seca conservando aún su color original. Le faltan los pétalos del "no". Se mantienen los del "sí". Eso decía Adelita. Estaba en un libro. La flor siempre acompañaba las lecturas de Adelita como la esperanza le acompañaba a ella en cada página de su día a día hasta que se secó como su flor.

Tú, mujer de negro que me miras y te ves como en un espejo, que mientras me lees crees compadecerte de otra cuando la desamparada y sola eres tú. A todos, pero especialmente a ti, mujer, pongo por testigo que hoy cierro el arcón, el desván y abandono el mausoleo de mi casa donde me he enterrado todos estos años. Que con los dineros que heredé y que crecieron como la espuma gracias a un agente de bolsa, amigo del hijo de mi querida valentina, me voy a comprar una casita en Benalmádena de una sola planta, con un jardín alrededor y con vistas al mar. Plantaré un naranjo, un limonero, una higuera, dos moreras...La parra irá en el patio de entrada para la sombra y las uvas. Pondré un caminillo de graba de este a oeste y rosales delimitándolo. Las flores serán de varios colores y en primavera caminaré al sol sin lutos. El calorcito me borrará los dolores y el olor a mar me perfumará el momento presente. Por el vallado de la parcela que rodeará la casa trepará la hiedra y por el suelo, a su libre albedrío, crecerán las siemprevivas.